

LILY DEL PILAR

Calcomanía

Serie Décalcomanie 1



1

Frente a un pelotón de fusilamiento, Liú Tian vería su vida pasar.
Esa vida era Charles Gautier.

Octubre, 1978

La decalcomanía es una técnica pictórica que consiste en verter tinta en una hoja, para luego doblarla por la mitad y con ello imprimir los colores de un lado en el otro. *Es curioso*, pensaba Liú Tian vertiendo gotitas azules sobre el papel, cómo la copia tenía pequeños detalles que le permitían diferenciar siempre la calcomanía de la decalcomanía.

Cuál es la copia, especuló doblando por la mitad la hoja, y *cuál es la original*. Era casi una representación de sí mismo. Mientras su decalcomanía se afirmaba la barbilla observando a los chicos pasear, la calcomanía era quien le sonreía a su novia y le respondía el beso con los labios cerrados. Porque cuando se era gay en el año 1978, solo tocaba encubrir el verdadero yo y ser la copia de la hoja entintada.

Aunque...

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando la puerta del aula se abrió. Dejando la hoja doblada a un costado, se giró en el taburete para encontrarse a un chico de no más de veinte años apoyado en el marco de la puerta. Su cabello era oscuro y estaba desordenado producto de la carrera maratónica, que lo tenía jadeando y transpirando a unos metros. Al alzar la vista para encontrarse con la suya, Liú Tian pudo apreciar unos ojos rasgados. Al igual que él, probablemente era el hijo de un migrante asiático.

Los ojos oscuros del chico recorrieron el salón, sus cejas quedaban escondidas bajo el flequillo liso que le caía por la frente.

—¿Aquí se imparte Anatomía I?

Liú Tian apuntó los caballetes con cuadros no terminados y después a sí mismo con un delantal de cuero que cubría su vestimenta.

—Creo que no —se burló apoyando el codo en una mesa ubicada a un lado. Tuvo que contener la sonrisa al observarlo comprobar el salón un tanto desorientado.

—Me equivoqué.

—Así veo.

Hubo una pausa. Liú Tian aprovechó para secar la punta del pincel con una hoja.

—Soy Xiao Zhen —se presentó por fin el chico.

Xiao Zhen, ¿tendría acaso ascendencia china? A mediados de los años cuarenta y cincuenta, surgió un gran movimiento migratorio que llevó a que decenas de familias chinas abandonasen su país para mudarse al otro extremo del mundo. La comunidad de migrantes chinos era bastante numerosa en aquella ciudad, la propia familia de Liú Tian llevaba asentada ya unas décadas en ese país.

—Soy Liú Tian, gracias por preguntar.

Percibió la sorpresa por parte de Xiao Zhen, recién había notado que ambos compartían rasgos.

—Ñ...

—Sí, pero no —lo cortó Liú Tian cuando captó la entonación armónica y musical del mandarín en la boca del chico—. Nací aquí... bueno, aquí, aquí, no, claramente. No soy de esta ciudad, estoy acá por estudios. Toda mi familia se vino desde China hace unos veinte años. Y para que sepas solo hablo español, pero entiendo conversaciones básicas en mandarín. Por ejemplo, soy un experto en traducir peleas. Mi abuela y mi madre siempre discuten en su idioma. Soy experto en discusiones, aunque pésimo en conversaciones románticas, así que lamento romper tus esperanzas... en el caso de que las tuvieses, claro —Liú tomó aire—. Lo siento, hablo mucho. Mi abuelo siempre me lo dice.

—No, no... —la cintura del chico se dobló en dos pidiéndole disculpas—. Lo siento, lo siento.

Hubo un instante de duda.

—*Gege** —le ayudó Liú Tian—. O eso supongo ya que preguntaste por Anatomía I.

Xiao Zhen se sonrojó y volvió a inclinar la cabeza en respeto.

—No eres decepcionante, *gege*.

Hacía mucho tiempo que nadie llamaba a Liú Tian con ese honorífico. Casi sonaba extraño ese cariñoso «*gege*», que se formaba con una «*ge*» aunque se pronunciaba como una «*gu*».

Es lindo, pensó. Cruzó las piernas, se acomodó el pañuelo en el cuello.

—Gracias —respondió Liú Tian.

Sus miradas se encontraron un segundo.

—Yo... lo siento mucho, debo marcharme, *gege* —continuó el chico con gesto nervioso—. Lo siento, voy retrasado a clases.

Tian sonrió llevando un mechón de su cabello detrás de la oreja. Mordió la punta del pincel.

—Adiós, Xiao Zhen.

Liú Tian hizo una reverencia antes de que la puerta se cerrase y quedase otra vez solo con sus pensamientos. A lo lejos pudo oír los pasos apresurados del chico y el deslizamiento de sus zapatos contra la cerámica.

Todavía le daba vueltas al encuentro cuando la puerta se abrió y por ella apareció una muchacha alta y delgada. Era Irina Ponce.

—Hoy a las seis en el centro comercial ubicado en la gran alameda —avisó.

Disponía a marcharse con la misma rapidez que entró cuando Liú Tian la interrumpió.

—Oye, Irina.

—¿Sí? —contestó con la mano todavía en la puerta, parecía dispuesta a irse apenas pudiese.

—La información que nos diste el otro día, ¿qué tan fidedigna es?

—Bastante, ¿por qué?

*Honorífico chino que utiliza una persona más joven para referirse a un hombre mayor.

Hizo un trazo morado en el cuadro que intentaba terminar hacía días.

—Porque creo haberlo conocido hoy.

Las cejas de Irina se alzaron tanto que desaparecieron bajo su flequillo ondulado.

—¿Es una de tus bromas, Tian? Porque no estoy de humor.

—No lo es.

—¿Qué tan seguro estás?

—Podría estarlo más.

La chica se apresuró en asentir.

—Entonces confírmalo.

—No era necesaria la orden —antes de que se marchara, Tian continuó—. Irina, no se lo digas a nadie.

—No soy tan idiota.

Cerró la puerta tras ella.

Una vez solo, dejó su pincel a un lado para despegar la hoja donde el color azul se había calcado casi con exactitud en la otra mitad. Casi, porque él siempre lograba distinguir la copia de la original.

Una sonrisa se dibujó en su boca.

Tal vez, solo tal vez, Xiao Zhen fuese una copia entintada al igual que Liú Tian.

3

Octubre, 1978

Xiao Zhen se tocó la nuca comprobando de manera nerviosa el largo de su cabello. Inclino la cabeza con suavidad cuando los oficiales pasaron por su lado con unas tijeras: observaban con detención la melena de los hombres buscando a aquellos intrépidos que la llevasen demasiado larga. Al percatarse de ellos, unas chicas se movieron con rapidez y disimulo para soltarle la basta a sus faldas y que así la tela cayese hasta sus rodillas. No obstante, solo una de ellas logró acomodar su ropa a tiempo, la otra todavía mostraba parte de los muslos cuando el oficial se detuvo a su lado.

—Te vienes conmigo —le ordenó.

La chica asintió como una autómatas, aunque era evidente que temblaba. Xiao Zhen tocó la medalla que guardaba en el bolsillo de su pantalón y la sacó. La hizo rodar entre sus dedos. Observó a los oficiales que se llevaban a la muchacha. Dio un paso. Entonces los altavoces de la universidad, que estaba al otro lado de la calle, emitieron el himno nacional.

De inmediato todo el mundo detuvo sus actividades. Tras vivir los últimos tres años lejos del país, él había olvidado aquella rutina y tardó más que el resto en llevarse la mano derecha al corazón. Fijó su vista hacia la bandera que empezaba a izarse en la entrada del complejo. La multitud guardó silencio hasta que la tela flameó en lo alto. Al minuto, la canción terminó y la gente continuó con lo suyo.

Comprobó la hora en su reloj: iba retrasado cinco minutos a su clase de Anatomía I. La primera para él, pero no para el resto de sus compañeros.

Con un nudo en la garganta, observó sus manos blancas y delgadas. En su dedo meñique tenía una pieza de joyería que tal

vez era demasiado delicada para él. Su madre se la regaló días antes de morir, había sido su argolla de compromiso.

—Quiero que se la des a ella.

Y con ese *ella* se había referido a la mujer con la que Xiao Zhen se casaría. Lamentablemente su madre ya no podría asistir a su boda. Esa pieza de bisutería era lo único que tendría de ella para el resto de su vida.

Cerró la mano en un puño.

¿Era egoísta de su parte que no quisiese entregárselo a nadie?

Cruzó la calle e ingresó a la universidad. Otra cosa que se le hacía extraña, tras pasar los últimos años en China junto a su madre, era oír el español en todas partes y no la entonación armónica del mandarín. Había incluso olvidado palabras completas, a pesar de que el español era su lengua materna.

Revisó una vez más el mapa de la universidad que una secretaria le había dibujado y continuó su camino. Subió de dos en dos los escalones al encontrar el edificio. Sobre la puerta del aula, un letrero:

Salón 4-A

En el centro de la habitación, con las manos presionadas sobre una hoja de papel, encontró a un chico que parecía casi de su misma edad. Estaba sentado en un taburete con las piernas abiertas, pisando los zapatos por los talones y dejando al descubierto unos calcetines negros con lunares naranjos. Un delantal de cuero cubría su pantalón marrón de pana y una camisa blanca arremangada. Su cuello estaba adornado con un pañuelo amarillo mal anudado y el cabello negro le cubría la mitad de las orejas.

Tras preguntar por su clase, recibió como respuesta una sonrisa ladeada y unos dedos largos y delgados que apuntaban los caballetes con cuadros no terminados. Definitivamente nada de

eso se asemejaba a un salón de anatomía. Y eso Xiao Zhen ya lo sabía, había impartido un año de kinesiología en China.

—Soy Liú Tian, gracias por preguntar.

Al escuchar aquel nombre, su mirada subió directo al rostro del chico y comprobó unos ojos rasgados en las esquinas. Por alguna razón, ese detalle le provocó una ilusión loca. Se sintió menos inadaptado, menos solo, menos abandonado, quizás.

No pudo contenerse, y cambió a su segunda lengua con naturalidad. No obstante, el chico platicó con ligereza y en español. No hablaba nada de mandarín. Además, tenía una mancha azul en la punta de la nariz, eso era todo lo que pudo notar mientras estuvo con él.

Al finalizar la conversación, Liú Tian se despidió mordiendo la punta del pincel. El corazón todavía le latía desbocado en el pecho al cerrar la puerta. Se quedó unos instantes afuera del salón.

Qué había...

Sacudió la cabeza.

No, no.

Se negaba a pensar en eso.

Tomó una larga inspiración y se puso a correr.

Todavía más ajetreado y transpirado, fue hacia el otro edificio, al del salón 4-B. Golpeó y abrió, treinta pares de ojos se clavaron en él de inmediato. En la pizarra verde del aula, había un dibujo con tiza blanca del cuerpo de una persona que titulaba «Anatomía I».

—No me equivoqué de nuevo —soltó con alivio.

El profesor, bajito, rechoncho y con una calva incipiente, se giró hacia él.

—¿Disculpa? —cuestionó confundido.

Con las orejas todavía más rojas, Xiao Zhen se acomodó el bolso en el hombro e ingresó.

—Soy el estudiante trasladado —explicó con timidez.

Los ojos del profesor se abrieron sorprendidos.

—Gau...

—Xiao Zhen —lo interrumpió con nerviosismo.

Esperó que el resto de la clase no hubiese alcanzado a escuchar aquello. El profesor recuperó de inmediato la compostura y tosió algo acalorado.

—Puede tomar asiento al lado de —observó el salón—. ¿Luan?

Un jadeo desde la multitud.

—¿Sí, señor?

Su mirada fue hacia un chico delgado que se ubicaba a mitad del salón. Estaba con la espalda recta y expresión ansiosa, aunque ligeramente traviesa.

—Luan se encargará de presentarte la universidad luego de clase.

—¿Yo qué? —bufó el chico indignado.

—Le presentarás...

Luan tomó asiento incluso más recto.

—Eso lo oí..., respetado señor. La pregunta es ¿por qué soy el afortunado de tamaña desgracia?

El profesor le dio una sonrisa nerviosa a Xiao Zhen y después una mirada mortal a Luan, que se había desinflado en su banco y se apartaba el cabello castaño de los ojos.

—¿Tú no tienes un amigo como él? —cuestionó el profesor con tono brusco.

No tenía idea de qué estaban hablando, pero Luan captó de inmediato.

—A mi amigo ese, lo conozco muy bien. A este chico, no —y agregó con una sonrisa forzada—. *Señor*.

—Estás más familiarizado.

—Profesor, ¿usted sabe que Asia tiene más que un país y que yo no soy un experto en cultura? Me refiero a cultura general, apenas sé distinguir mi propio país en un mapa.

—Luan —advirtió el profesor.

—¿Sí? Digo, *señor*.

El profesor se movió hasta el escritorio para tomar una regla de madera que mantenía ahí. Se golpeó la palma, la amenaza era clara.

—¿Quieres ir de nuevo a mi oficina?

Luan cambió de actitud y su expresión se volvió afable.

—Seremos los mejores amigos, *señor*. Se lo juro.

Intentando no llevarse las manos a las orejas, pues eso hacía Xiao Zhen al estar nervioso, se acomodó nuevamente el bolso en el hombro y se dirigió hacia la mesa de Luan.

Lo recibió un suspiro y unos ojos en blanco.

—Que quede claro que no te voy a presentar nada —susurró Luan cuando el maestro continuó con la clase.

Xiao Zhen, que sacaba su cuaderno, detuvo el movimiento.

—Pero el profesor dijo...

—*Pero el profesor dijo* —repitió Luan con voz aguda.

Ambos se observaron intensamente, parecía un desafío.

—Si el profesor te conoce tanto y las clases iniciaron hace solo un mes —analizó jugando con el lápiz mientras simulaba tomar notas—, es porque no es la primera vez que cursas esta materia, ¿acaso quieres rendirla otra vez?

Luan empequeñeció la mirada. Tenía unos ojos casi verdes.

—No me simpatizas.

Se mantuvieron en lo suyo el resto de la clase mientras Xiao Zhen fingía que no sentía los codazos que Luan le daba cada cierto tiempo. Es que, ¿cuántos años tenía ese sujeto? ¿Diez? No, se corrigió cuando Luan golpeó su lápiz y lo mandó al suelo, cinco era su edad mental.

Mentía.

Solo es de tres, caviló al ver dibujado un pene gigante sobre sus notas recién tomadas.

Amaba haber regresado.

Noviembre, 1978

Los gritos provenientes desde una de las canchas de baloncesto, ubicadas al aire libre en la universidad, le hartaron lo suficiente para dejar de lado su libro de anatomía y guardarlo en el bolso. Acomodándose la chaqueta de mezclilla, Xiao Zhen se puso de pie y caminó hacia donde provenían las voces. Se encontró con un grupo de seis personas, estaban jugando a hacer canastas. Entre ellos, se encontraba el chico que había visto hacía unas semanas en el salón de artes. Esta vez llevaba solo una camiseta blanca de manga corta, pantalón de tiro alto gris y un gorro que lo hacía ver como un señor de setenta años que jugaba al ajedrez. Su compañero de asiento, que le seguía dibujando penes en el cuaderno cuando se distraía, le gritaba algo mientras apuntaba sus pies.

—¿Te puedes poner bien los zapatos, Liú Tian?!

Liú Tian, lejos de sentirse molesto, reía mostrando una enorme sonrisa. Entonces un chico muy blanco pasó corriendo por alrededor de ellos y encestó. Luan levantó los brazos en el aire con mucho dramatismo y se dejó caer de rodillas.

—Perdimos.

—Ustedes invitan las cervezas —dijo el más alto de todos.

—¿Podría pagar en otro momento? —protestó Luan—. Tú te quedaste con todo mi dinero de la semana.

—No me quedé con tu dinero, Luan, me pagaste por hacer tu tarea de anatomía.

¿Así que por eso Luan había obtenido la mejor calificación de la clase? Y había tenido el descaro de bufar con desprecio cuando vio que Xiao Zhen solo había sacado un 54 de 100.

—No seas así —siguió quejándose Luan mientras perseguía al resto del equipo fuera de la cancha.

Solo quedó Liú Tian rebotando la pelota a un costado de sus piernas. Tenía las manos grandes y casi podía agarrar el balón con una sola. Xiao Zhen se quedó observándolo medio escondido en las gradas y sacó un cuaderno de dibujo. Hizo trazos rápidos de sus piernas y brazos extendidos. Después, tiró líneas que salían de cada extremidad de la silueta y le colocó nombres.

«Húmero», anotó cerca del codo de Liú Tian.

«Peroné», en su pierna larga.

«Tarsos», cerca de su tobillo ahora cubierto con un calcetín gris que debió pasar a una mejor vida hace años.

«Calcáneo» en...

Sintió una cosquilla en su oreja derecha, luego vino una voz grave retumbando en su tímpano.

—Hola.

El lápiz grafito que sostenía Xiao Zhen salió volando. Su cuaderno también aterrizó en el suelo; el dibujo quedó volteado hacia arriba dejando ver la silueta estirada de Liú Tian encestando.

Al alzar la barbilla para comprobar quién era, se le salió un insulto en mandarín.

—Eso lo entendí, Xiao Zhen —se burló Liú Tian, acomodado en el escalón tras él. Estaba posicionado de cuclillas para observar sobre su hombro—. Te dije que soy un experto en eso.

Liú Tian tenía la misma sonrisa relajada al hablar con Luan. Su piel algo bronceada brillaba por las gotitas de sudor. Su cabello estaba pegado en su frente y se le marcaba donde había estado su gorro, que ahora sostenía en las manos. Además, de manera adorable se le asomaban las puntas de las orejas entre la mata de cabello liso.

—¿Por qué esa cara? ¿Me equivoqué de nombre? Eres Xiao Zhen, ¿cierto?

Todavía horrorizado, se giró en su asiento para verlo mejor.

—Sí —jadeó.

—Soy Liú Tian, por si lo olvidaste —hizo una pausa y se acomodó el cabello para apartarlo de su frente—. Aunque lo dudo.

No pudo corregirlo ni contradecirlo, la lengua se le había pegado al paladar y de pronto solo podía recordar respuestas en mandarín; sobre todo porque la mirada de Liú Tian iba bajando con curiosidad por el cuerpo de Xiao Zhen hasta clavarse en el cuaderno en el suelo. Sus cejas se alzaron sorprendidas. Xiao Zhen pateó sin mucho disimulo el cuaderno bajo las gradas.

—¿Ese era yo, Xiao Zhen?

—No —dijo con gran inteligencia—. Estaba estudiando anatomía.

La sonrisa volvió a bailar en la boca de Liú Tian.

—¿Con mi cuerpo, Xiao Zhen?

—No.

Dejándolo paralizado por la sorpresa, Liú Tian se puso de pie afirmándose de las rodillas. Bajó hasta el último escalón de las gradas y se arrodilló en el suelo buscando la libreta con la mano estirada, su lengua se colaba fuera de sus labios. A continuación, alzó el cuaderno en el aire con un grito de victoria.

—Este dibujo se parece mucho a mí —su barbilla se alzó y ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿Eres travieso, Xiao Zhen? Porque yo lo soy. Mucho.

Xiao Zhen apartó la mirada con brusquedad y la clavó en sus manos recogidas sobre su regazo. El anillo de plata brillaba en su dedo meñique. Lo tranquilizó hacerlo rodar.

—Intentaba recordar los huesos del cuerpo, *gege* —fue su pobre excusa.

El chico se movió y dejó el cuaderno a su lado. Apoyó el pie a un costado de los muslos cerrados de Xiao Zhen.

—Bien, aquí está mi pierna —ofreció Liú Tian—. ¿Por qué no practicas conmigo?

Xiao Zhen se quedó observando aquel largo muslo, rodilla y talón. Luego, le quitó el cuaderno y lo metió en su bolso, todo eso con la cabeza gacha y los hombros alzados en timidez.

—Debo irme —jadeó entre dientes.

Colgándose el bolso en el hombro, apartó la pierna de Liú Tian dejándola caer al suelo. Corrió lejos de él mientras el estómago se le revolvía al mismo tiempo que la cabeza.

Porque ser gay en el año 1978 implicaba la peor de las negaciones: la de no reconocerse a sí mismo.

Noviembre, 1978

Sentado con pereza en la galería ubicada frente a la cancha de básquetbol, Liú Tian observaba al chico escondido bajo la sombra de un árbol a unos metros. Tenía un cuaderno posado sobre las piernas y mordía un lápiz, ambas cosas visibles a pesar de la distancia.

Era Xiao Zhen, el chico de Anatomía I al que había descubierto la tarde anterior dibujándolo con trazos rápidos y elegantes. Debía ser un poco más joven que él porque Xiao Zhen compartía clases con Luan en Anatomía I, y esa materia no era ni la primera ni la segunda vez que la cursaba su amigo.

Le gustaba Xiao Zhen, aunque más que gustarle, le interesaba por varias razones. También le daba curiosidad, esa curiosidad que le hacía preguntarse si sería una copia de la decalcomanía más que la original. Aunque eso era algo difícil de saber a simple vista, el chico reaccionaba con pudor y timidez a sus obvias provocaciones, por lo que no lograba entender si había algún interés solapado bajo tanto nerviosismo.

Sin embargo, estaba el dibujo.

Y debía significar algo.

Tal vez.

Se estiró con indolencia y se puso de pie. Partió hacia Xiao Zhen con el bolso colgando de su mano, este casi rozaba el suelo. El ruido de sus zapatos fue aplacado por el mullido colchón de césped hasta que estuvo detenido frente a él. Se colocó en cuclillas y tiró su maleta a un lado. Posicionó ambas manos unidas bajo su barbilla.

—Hola, Xiao Zhen —lo saludó.

El lápiz grafito, esta vez, quedó apesado entre los dedos agarrados. Sus orejas tomaron una coloración roja y su mirada era

brillante al encontrarse con la suya. A Liú Tian le encantaban los hombres tímidos. En específico, *ese* hombre tímido.

—Hola, Liú Tian —respondió.

—*Gege* —lo corrigió con amabilidad—. Soy mayor, recuerda.

—Lo siento, *gege* —tartamudeó un poco.

Era adorable.

Liú Tian quería comérselo.

O que Xiao Zhen se lo comiera a él.

O que ambos lo hicieran.

Las tres opciones eran aceptables, principalmente la segunda, muchas gracias.

Dio un suspiro.

Si tan solo las cosas fuesen un poco más fáciles... pero no lo eran y eso debía recordárselo para ser más precavido. Aunque nadie lo iba a condenar por coquetear un poco con ese chico, Xiao Zhen no parecía ser el tipo de persona que fuese a gritar que un hombre le hablaba de manera inadecuada. Después de todo, para la sociedad del 78, eso también podía considerarse como una conducta promiscua por haber tentado.

—Por cierto, Xiao Zhen, ¿ese día lograste encontrar tu salón?

El lápiz grafito jugó entre los dedos del chico, el cuaderno estaba apegado contra su pecho. Una lástima, a Liú Tian le habría gustado sorprenderlo otra vez dibujándolo. O tal vez podría pedírselo... sin ropa, una clase de anatomía, solo por la ciencia y los estudios.

Se regañó mentalmente. Estaba comportándose como un idiota. Debía recordar que Emma seguía en su vida.

—Sí, *gege* —respondió Xiao Zhen en voz baja. Aguardó unos instantes como si estuviese buscando valor para continuar—. Por cierto, ese día en la cancha estabas con un compañero mío llamado Luan, ¿lo conoces?

—Es un chico encantadoramente molesto y con una terrible fijación por dibujar penes.

Por qué será, se burló Liú Tian para sus adentros.

Xiao Zhen sonrió, tenía un lunar a un costado del tabique de la nariz. Sus dedos jugaron con las hojas de su cuaderno y lo volteó, dejando al descubierto un enorme pene dibujado sobre sus notas.

—Lo hizo el primer día que nos conocimos.

Liú Tian alzó las cejas.

—Vaya, debe ser un poco difícil leer tus notas con tanta distracción —bromeó pendiente de su reacción.

El chico frunció el ceño.

—Sí, corrió la tinta en algunas partes y ya no alcanzo a leer bien —admitió el chico.

O era muy inocente a sus obvias dobles intenciones o tal vez solo un heterosexual que no veía sus coqueteos. ¿Calcomanía o decalcomanía? Tan difícil siempre saberlo.

—El tema, Xiao Zhen —continuó—, es que son las doce y media del día y mi amigo Luan está en Anatomía I. ¿Por qué tú no estás con él?

El pánico brilló en su expresión. Lo vio moverse y comprobar la hora en su reloj.

—Pero si son las once y media —cuestionó.

Liú Tian dio un largo suspiro.

¿Lo podía pedir envuelto para llevar, por favor?

—Eres lindo.

—¿Mm?

—Tu reloj está retrasado una hora, el saludo a la bandera ya fue.

Xiao Zhen agarró apresuradamente sus cosas dispersas en el suelo y tiró todo dentro del bolso de cuero a su lado. Su despedida fue rápida y seca.

—Adiós, *gege*.

—Adiós, lindo.
Pero Xiao Zhen no alcanzó a oírlo.
O eso creyó Liú Tian.